

CAPITULO XXXI.

Defensa de Churubusco.

La suerte se mantenía contraria á los destinos de México.

La justicia y el valor no habían podido lograr que la fortuna se asociase un solo instante á ellos.

En aquella guerra, una de las más dignas que han sostenido los mexicanos, como son todas aquellas donde se trata de defender la independencia del país en que se ha visto la luz primera del sol, no fué necesario que el gobierno impusiese penas, ni recurriese á la fuerza para formar ejércitos.

Los comerciantes, los artesanos, los literatos, los artistas, los labradores, los hacen-

dados, los estudiantes, los empleados, los ricos y los pobres, todos acudieron voluntariamente á tomar las armas en defensa de la patria invadida.

No había un solo mexicano que no se aprestase al combate, resuelto á morir antes que recibir la ley del invasor.

A mí, que hacia poco que acababa de llegar de España, me tocó presenciar aquellas escenas de heroísmo, de abnegación y de desprendimiento en que rivalizaban los mexicanos.

El batallón Victoria, como ya hemos dicho en otro capítulo, lo componía la gente más granada, selecta y rica de la sociedad: el batallón Hidalgo, los empleados de todas las categorías, personas todas de esmerada educación: "Independencia," los impresores, periodistas, abogados, y gente aficionada á las letras: el batallón de "Bravos" y el de "Mina," estaban compuestos de honrados artesanos; y todos, en fin, de gente apuesta, ágil y vigorosa, que llevaba la inteligencia en la frente, y el patriotismo y la fé en el corazón.

Eran excelentes soldados, dispuestos á morir antes que á soportar el yugo amonoso de los invasores; y éstos hubieran perecido, sin salvarse uno solo, en la primer batalla, si los mexicanos hubieran contado con generales tan entendidos como valientes.

Pero el arte de la guerra es una ciencia; y cuando las cuestiones se resuelven por ésta, el triunfo no es del mas valiente, sino del que mas sabe sobre el punto que se cuestiona.

Los mexicanos en la Angostura, en Cerro-Gordo, en Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, combatieron como héroes, derramaron á torrentes su sangre, hicieron retroceder por momentos al enemigo, pero al fin la mayor ciencia de éste en la guerra, el ojo perspicaz de su general en jefe en descubrir la parte vulnerable de la línea mexicana, acababa por alcanzar la victoria, haciendo estériles los esfuerzos, los rasgos mas notables de valor, de millares de víctimas que se sacrificaban en aras de la patria.

En las batallas sucede lo que en el juego

de ajedrez: el que mejor mueve las piezas, alcanza el triunfo.

Si en vez de presentar batallas campales como aconteció en toda aquella guerra desgraciada, pero gloriosa, los mexicanos se hubieran propuesto defenderse en poblaciones fortificadas, los Norte-Americanos jamás hubieran llegado á la capital de México: Puebla hubiera sido su sepulcro.

La primer batalla que se libró á los invasores al entrar en el valle de México, y á la vista de la capital, fué en Padierna, pequeña aldea, poco distante de S. Angel, mandada por el general Valencia.

La accion se empeñó el dia 19 de Agosto, á las dos de la tarde, y duró casi hasta la caída del sol, quedando dueños de sus posiciones los mexicanos, y retirándose los invasores para continuar la batalla al siguiente dia.

En este hecho de armas, honroso para México, pereció, víctima de su patriotismo y de su arrojo, el valiente general Frontera, al lanzarse con su caballería sobre el enemigo.

Al amanecer del día 20, las tropas invasoras que habían acampado cerca del sitio del combate, avanzaron, en tres columnas, sobre la división de Valencia.

Núñez, Leopoldo, Félix y Ricardo, que para estar juntos habían pasado al cuerpo de caballería de nacionales, presenciaban la acción desde Churubusco, punto encomendado á la guardia nacional, y anhela-
ban volar al socorro de sus compatriotas.

Pero esto hubiera sido faltar á las órdenes del general en jefe, que les había ordenado permanecer en aquella importante posición.

El general Valencia recibió al enemigo con valor, creyendo que en su auxilio volarían algunos cuerpos del ejército de reserva; y alentado con esta esperanza, combatía con indecible esfuerzo.

—¡Oh! ¡cuánto diera por encontrarme en la refriega!—Decía Núñez á sus tres amigos que, como él, contemplaban el bélico ardor de los combatientes.—Allí, sin duda, está el infame Willey, y podría arrancarle

la vida después de haberle obligado á que me volviese la mujer que adoro.

—Eso podrá hacerlo su merced, aun cuando no tomemos parte en la acción por ahora.

Le dijo un campesino que llegaba en aquel momento á caballo, al sitio donde se hallaban.

—¡Oh! ¡Pablo!—Exclamó Núñez tendiendo la mano al que acababa de hablar.—
¡Cree vd., en efecto, que tendré lugar de medir mis armas con las del monstruo que maldigo?

—Sin duda alguna.

—Pero ¿cómo?

—Si la victoria corona el valor de nuestros soldados en Padierna, la retirada de los yankees será desastrosa y desordenada, dando lugar á que siguiendo su alcance todo el ejército, vd. persiga á su cruel enemigo, le mate, y salve de su poder á lo joven que, según tengo entendido, camina en el convoy dentro de una litera.

—¿Será posible?

—Lo sé por mí mismo.

—¿Cómo!

—Buscando al capitán D. Juan, á quien tanto quiero, así como á D. Rafael, de quien no se ha tenido noticias desde la acción de Cerro-Gordo, pasé al campo enemigo para ver si estaban prisioneros, y como mi trage infunde confianza, lo recorrí todo.

—¿Y qué descubrió vd?

—Respecto á D. Juan y D. Rafael, nada; pero ví en la retaguardia del ejército invasor, marchar entre los trenes y equipajes una litera, en donde me dijeron que llevan enferma á la esposa de Willey, y como sabemos que no tiene esposa, luego me figuré que es la señorita Adela.

—¡Oh! esa noticia me colma de esperanza. Seguido de algunos cuantos valientes, fácil me será caer sobre la retaguardia del enemigo, y mientras éste vuelve de su sorpresa, matar á los que custodian la litera, sacar de ésta á mi hermosa Adela, colocarle sobre mi caballo, y entrar sin tropiezo en la ciudad.

—¡Ah! cuente vd. conmigo para esa empresa.—Dijo Ricardo.

—Y eonmigo.—Añadió Félix.

—Y con nosotros.—Agregaron Leopoldo y Pablo.

—¡Gracias! Admito gustoso la cooperación de tan valientes caballeros.

—Y si despues de salvar á la señorita—dijo Pablo—conseguimos hacer prisionero á Willey, tal vez logremos volver á ver á mi amo D. Juanito y á D. Rafael, á quienes tal vez tendrá presos.

—¡Si es que no los ha asesinado!—Exclamó Nuñez con profundo sentimiento.—¡Oh! eso seria inícuo; pero todo lo temo de él. Y la pobre Luz que ha padecido tanto, ¿qué será de ella si cuando espera alcanzar el premio á sus largos tormentos, recibe la noticia de la muerte del hombre que idolatra?

—Se morirá de pena, sin duda.—Dijo Leopoldo.—Pero ¿qué veo!—añadió dirigiendo la vista hácia el sitio del combate, atraído por las continuas descargas que se oían;—¿por qué el general en jefe no nos manda correr en auxilio de nuestros compatriotas? ¿No ven vdes. el considerable nú-

mero de enemigos que circunda por todas partes á la valiente y corta division del general Valencia? ¿Será posible que presenciemos la desigualdad de ese combate, con la calma fria del espectador indiferente?

Y aquellos intrépidos jóvenes dirijieron la vista hácia el ensangrentado sitio en que mexicanos y yankees, confundidos y revueltos, luchaban con arrojo y constancia admirables.

El combate era terrible.

El general Valencia habia sostenido el choque del enemigo con admirable denuedo, persuadido de que pronto seria auxiliado por el general en jefe; pero viéndose abandonado y acometido por todas partes, por fuerzas muy superiores en número, no tuvo otro remedio, para no perder estérilmente la corta fuerza que le quedaba, que emprender la retirada.

Núñez dejó escapar un grito de desesperacion al ver triunfante al ejército invasor.

—¿Y qué importa que haya adquirido alguna ventaja?—Exclamó Ricardo sin perder su serenidad.—Mejor: así podremos

tomar parte nosotros en la accion, porque sin duda han de venir sobre este punto.

—Con efecto:—advirtió Leopoldo.—Miro sus columnas avanzar hácia este sitio.

—¡Ah! El corazon me anuncia que la victoria va á sonreirnos este dia.—Exclamó Núñez, afirmándose en los estrivos y acariciando la crin del brioso caballo que montaba.—Sí; el corazon me anuncia tambien que va á sucumbir al golpe de mi espada el infame Willey, de cuyo poder arrancaré á la hermosa mujer que labrará mi felicidad.

Entre tanto que tenia lugar este diálogo, la derrota se habia hecho general en la corta division de Valencia.

Los enemigos seguian su alcance por la misma ruta que ella traia.

Los soldados, perdida la moral, hacian la retirada en tropel, acribillados por las descargas de las columnas invasoras que los seguian de cerca; y en este estado de confusion y de desórden, llegaron al punto de Churubusco, donde se encontraban Núñez y sus valientes amigos.

Los jefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por extraviados senderos.

Los Norte-Americanos, vencido aquel obstáculo, siguieron adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Nuñez y sus amigos, que como dejamos dicho, pertenecian á la caballería de la guardia nacional, conociendo que en aquel punto la mejor arma para defenderlo era el fusil, desmontaron de sus caballos, los ataron á un árbol que se encontraba distante, y se colocaron entre las filas de los infantes.

Por una mala combinacion, la division que venia de Coyoacán, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de S. Antonio, perseguida por las fuerzas invasoras del general Worth, que la daban alcance.

El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puen-

te, protegida por todas las compañías de S. Patricio, compuestas de irlandeses que habian desertado de las filas invasoras y que habian tomado parte por México, y el batallon de Tlapa.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los piés de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de S. Antonio, la mayor parte de las municiones, que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por al Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa, motivo por el cual se perdieron las municiones.

En estos momentos, las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros de las municiones abandonadas, avanzaron sobre el Puente.

Nuñez y sus amigos, lo mismo que todos los que defendian aquel punto, esperaron con serenidad al enemigo.

Este avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: la infantería y artillería

mexicana, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de los cañones mexicanos incendia á la vez dos de los carros de municiones, abandonados en frente á la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los Norte-Americanos forman una nueva batalla enfrente á la posición, y se hace general el combate: dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido.

Nuñez, Ricardo, Leopoldo, Félix y Pablo, se encuentran en todas partes desafiando la muerte y alentando á sus compañeros de armas.

Los valientes nacionales que ocupan el convento de Churubusco, están resueltos á defenderlo á todo trance.

Una nueva columna invasora se interpone entre el Puente y el convento, amagan-

do envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada, circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los Norte-Americanos se dirijieron á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de S. Antonio. El general Perez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia se desbandan sus soldados en todas direcciones, tomando algunos la del Peñon."

Los enemigos entonces se arrojan sobre el Puente. Sus defensores luchan con el valor que da la desesperacion.

Nuñez y sus compañeros montan en los caballos que habian dejado atados, desen-

vainan las espadas, y se arrojan sobre el enemigo. Pero arrollados por una fuerza muy superior, se ven obligados á retroceder.

En vano luchan los mexicanos con el denuevo de los héroes. Las columnas invasoras son cada vez mas numerosas, y no pudiendo resistir á su número, abandonan el Puente, que cae en poder de los Norte-Americanos.

En Portales se redobra el ataque: los invasores avanzan; derramánse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los Húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte; redobra sus esfuerzos, pero todo es inútil: el número triunfa del valor, y los Norte-Americanos avanzan triunfantes.

En la calzada se vé un desórden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan.

Una fuerza de caballería invasora, montada sobre fuertes y ligeros caballos frisones, alcanza á la retaguardia, y aumenta

el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso.

Nuñez vé aquel desórden; comunica á sus compañeros el deseo de ir á contener los avances del enemigo, y parten á galope al sitio mas peligroso.

El oficial que mandaba la fuerza de caballería norte-americana que, como hemos dicho, acuchillaba á la retaguardia, lanzó un grito de alegría al descubrir al hombre que se presentaba á su paso.

Nuñez fijó en él la vista, y sintió aumentarse doblemente su valor.

—¡Willey!

Exclamó empuñando la espada, y arrojándose sobre él.

Ricardo, Leopoldo, Félix, Nuñez y Pablo, acometieron con el mismo ímpetu; pero la fuerza de los caballos frisones, altos y pesados, que montaban los contrarios, hizo estériles los esfuerzos de nuestros cinco campeones.

En batalla singular, combatiendo uno á uno, la ligereza del caballo mexicano, la fa-

cilidad con que obedece á la rienda, sus rápidos movimientos, hubieran dado la victoria á Nuñez y sus compañeros, que eran excelentes ginetes; pero allí se trataba de desbaratar una masa compacta que, como una montaña, rodaba sobre el camino.

Willey, conociendo la ventaja que tenia sobre sus adversarios, mandó retroceder á sus soldados, y luego, uniéndose como si un solo cuerpo formaran, se arrojaron sobre sus temerarios competidores que, no pudiendo resistir á aquella muralla de acero y de hombres, tuvo que retroceder combatiendo en retirada.

Entonces nada pudo contener á Willey y sus soldados.

Alentados éstos por el primero, se precipitaron cuatro ó cinco sobre cada uno de los que con Nuñez se habian presentado.

Conociendo entonces que continuar luchando cada uno aisladamente contra tantos era hacer el sacrificio de la vida estérilmente, trató cada cual de abrirse paso para salvarse.

Nuñez fué el primero que consiguió li-

brarse de Willey y de otros tres que le rodeaban, salvando una zanja y colocándose á un lado del camino.

Ricardo, Félix y Pablo, consiguieron seguirle, parte de ellos, cubiertos de sangre y de heridas, aunque no peligrosas.

La caballería enemiga trató de alcanzarles, pero prácticos en el terreno, pronto desaparecieron.

¿Y Leopoldo?

Solo él no habia conseguido abrirse paso: rodeado de enemigos por todas partes habia tratado tambien de saltar la zanja, pero el caballo, que en aquel instante recibió un golpe terrible, cayó muerto en la zanja, quedando sepultado el jóven artista debajo del pesado cuerpo de su corcel, y herido tambien en la cabeza y en el hombro por dos sablazos descargados por un dragon norte-americano y por Willey.

Este, sediento de sangre, y juzgando mortal la herida causada á Leopoldo, continúa persiguiendo á los fugitivos por la calzada, y penetra con indecible arrojo por

un lado de la muralla de las puertas de la capital, descargando furibundos golpes.

Su arrojo, lo mismo que el de algunos que le acompañan, llena de asombro á todos, y les da lugar á que se retiren para reunirse á sus compañeros.

El fuego cesa en la calzada y en las puertas de México.

“Eran las cuatro de la tarde: el combate habia empezado á las once: transcurre aún otra hora de mortal espera, en la que aun se perciben desde México, ecos lejanos de artillería por Portales y el convento de Churubusco.

“Churubusco, dicen los Apuntes para la historia, es una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacán, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representan ambas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas de adove, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetacion se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del

maíz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situacion, habia sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algun tiempo á las fuerzas invasoras. Ni podia exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificacion pasajera que se habia levantado, y que consistia en un parapeto construido con adoves, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos, en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitacion con que se habia trabajado en las fortificaciones, no habia permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al flanco derecho de la posicion, ni á la azotea del convento, ni aún que donde existia, estuviera acabado.

Los invasores, pues, vencidas todas las